

INVITACION AL VALS.-

CONTROT: Invitación al vals, (baja volumen).

DON FRANCISCO: Sra. Castro, le voy a presentar a...

IGNACIO: ¡ Yolanda !

YOLANDA: ¡ Ignacio !

DON FRANCISCO: Se conocían Uds?

YOLANDA: Sí, don Francisco, Ignacio y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo, eso sí, hacía años que no nos veíamos.

DON FRANCISCO: Sines así, los dejo solos. Deben tener muchas cosas que contarse. Compermiso, voy a ver si llegó Juana.

IGNACIO: ¡ Cómo estás de cambiada, Yolanda ! Me cuesta un poco creer que seas tú.

YOLANDA: No en vano han pasado 20 años desde la última vez que nos vimos. 20 años suelen dejar rasgos en el cuerpo.

IGNACIO: ¡ 20 años ! Ahora que te veo ante mí nuevamente me parece como si esos 20 años, no hubieran sido sino un corto intervalo.

YOLANDA: Sin embargo el intervalo ha sido largo, lo suficientemente largo para convertirme a mí en una señora gorda en cuya cabeza empiezan a hacer estragos las canas.

IGNACIO: A mí me pasa otro tanto, no tienes porqué quejarte.

YOLANDA: Sin embargo Ignacio, somos los mismos. Los mismos que hace 0 años se amaron con el amor puro y bello de la juventud.

IGNACIO: No, Yolanda, no somos los mismos. No podemos ser los mismos. Yo ya no soy el romántico joven de aquel entonces, ése que sabía decir frases tan bellas, y tú tampoco eres la ingenua adolescente, ayer, la que te sonrojabas cuando yo te hablaba, la que lloraba ante cualquiera contrariedad.

YOLANDA: Tienes razón Ignacio, no somos los mismos. La vida se encargó de matar niestros cuerpos y nustras almas. Ella ha sido nuestra moldeadora y nos forjó diferentes a como queríamos ser.

IGNACIO: Recuerdas que yo quería ser un político, un apostol de las doctrinas populares? Sabes a qué me dedico? ¡ Soy corredor de propiedades !

YOLANDA: Mejor no recordar lo que hemos soñado juntos.

IGNACIO: Fueron horas felices.

YOLANDA: Por eso mismo duele recordarlas.

IGNACIO: Bien, dime qué ha sido de tí. Qué te ha sucedido en estos largos 0 años.

YOLANDA: Me casé.

IGNACIO: Te casaste? Con quién?

YOLANDA: Con un hombre muy sencillo, muy bueno y muy atento.

IGNACIO: Te amas?

YOLANDA: Las mujeres a mi edad no aman. Respetan y admiran. Pero dime qué has hecho tú en estos 20 años. Te casaste?

IGNACIO: No Yolanda, no me casé. Lleve siempre en mi corazón tu recuerdo. Cada vez que encontraba una mujer, pensaba en ti y me decía: Yolanda era más buena; Yolanda era más hermosa. Y así, recordándote, fueron pasando mis mejores años, sin saber ni siquiera dónde estabas. Pero dime Yolanda, juntos muchas veces pensamos en el amor conyugal, es tan hermoso como lo pensamos nosotros?

YOLANDA: Contigo podré ser franca. Antes de casarme con mi marido lo amaba, de eso estoy segura, pero después pasaron los días de luna de miel, y algo raro se apoderó de mí. No supe explicarme lo que era, después saqué por conclusión que no amaba a mi esposo. Yo amaba a mi novio, pero no a este hombre, muy cariñoso y simpático, por cierto, pero que a cada momento lo encontraba en mi vida. Tuve la sensación que lo bello, lo sublime, lo inmaterial de mi amor había quedado fuera del matrimonio.

El matrimonio es un hecho, un contrato, y el amor no reconoce hechos ni tampoco contratos. El amor según mi parecer no puede existir sin secretos, sin restricciones, sin la dulzura de esperar al que vendrá. Sin la belleza de las citas. Lo otro, la vida matrimonial es una rutina más bella que las otras. Pero rutina al fin y al cabo.

IGNACIO: Entonces, estás decepcionada?

YOLANDA: Un poco, pero no totalmente. En el matrimonio no existe el amor-locura, pero sí el amor-placidez, ese amor que consume, pero que no quema. No sé si me has comprendido.

IGNACIO: Sí, Yolanda. Te comprendo y te compadezco. Tú que eras la consumación de la juventud, no podías resignarte a ese amor-placidez, como tú lo llamas.

YOLANDA: Te olvidas Ignacio que ya no soy la misma, que ya no soy la loca muchachita que tú conociste mientras bailábamos ese vals. Ahora soy la respetable señora de Enrique Castro.

IGNACIO: Por algo que me ababas de decir, veo que siempre eres en el fondo la muchachita romántica y sentimental que yo conocí. Acaso recordaría la respetable señora de Enrique Castro, que a su primer amor lo conoció mientras bailaba Invitación al Vals?

YOLANDA: Sí, quizás en el fondo, muy en el fondo aun sea yo la muchacha romántica que tú conociste. Te prometo que cada vez que oigo aquel vals, me pongo melancólica y triste.

IGNACIO: Parece bobería decirlo, pero a mí, a Ignacio Sañoliño serio hombre de negocios, me pasa otro tanto. Tanto puede esa música en nosotros, que nos hace olvidar 20 años, ¡ 20 años que no volverán !

CONTROL: Sube volumen la mitad restante.